



PIRATAS EN QUIEBRA

EDUARDO RAMÍREZ VELÁSQUEZ (texto)
MARÍA OROZCO (ilustraciones)



Piratas en quiebra

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Eduardo Ramírez Velásquez, por el texto.

© María Teresa Moreno Orozco, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional

de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:

Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-215-5

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL**

alas raíces



**ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA**

PIRATAS EN QUIEBRA

EDUARDO RAMÍREZ VELÁSQUEZ (texto)
MARÍA OROZCO (ilustraciones)



Hace no mucho tiempo en un pueblo junto al mar estuvo de moda querer ser pirata. Todo el mundo quería serlo o al menos parecerse a uno. Las señoras se dejaron crecer la barba. Las abuelitas se raparon la cabeza. Los abuelitos comenzaron a usar garfios y a llevar pericos en los hombros. Los niños y las niñas se correteaban entre sí agitando ramas de encino, como si fueran espadas de piratas reales. Algunos señores se pusieron parches en el ojo derecho y otros cuantos en el ojo izquierdo. Hubo algún despistado que usó parches en ambos ojos, y por no poder ver dónde caminaba se llevó un buen golpe en la nariz.

Además de vestirse como piratas, todo el mundo quería hablar como un auténtico pirata: todos decían “¡Aaaarg!” en cada momento del día.

–Pásame, ¡Aaaarg!, mi plato de sopa.

–¡Buenos, ¡Aaaarg!, días tenga usted!

–¡Feliz, ¡Aaaarg!, cumpleaños!

–¡Aaaarg! ¡Aaaarg! ¡Aaaarg!

La moda comenzó cuando llegaron unos vecinos muy peculiares que, por sus fachas, inmediatamente llamaron la atención de todo el pueblo. Se trataba de tres auténticos piratas, quienes eran hermanos desde hace mucho tiempo, tenían la misma edad y largas y sucias barbas colgaban de sus rostros, que nunca habían lavado. De hecho, ellos jamás en su vida se habían bañado. Pese a eso, no olían tan mal (nadie sabe cómo lo hacían).

Los tres piratas usaban parches en un ojo, garfio en lugar de alguna mano, patas de palo y calaveras horribles



dibujadas en sus enormes sombreros; y usaban dientes de oro sólido de veinticuatro quilates que les hacía brillar increíblemente sus grandes y picaronas sonrisas.

Además, como todos los piratas respetables, eran dueños de un maravilloso barco con el que habían llegado al pueblo. Se llamaba El Buque Apestoso, y en él habían recorrido el mundo entero haciendo las hazañas más increíbles que cualquier persona hubiese escuchado: encontraron las joyas perdidas del rey de Destonia (que estaban bajo su inmensa barriga), vieron el misterioso y sagrado diamante Azulio del príncipe de Ratonia (que en realidad era un conejo blanco, grande y gordito) y rescataron el libro de hechizos del mago Contilium. Los tres amaban su Buque Apestoso.

El pueblo entero recibió con gran admiración a los tres hermanos, quienes les resultaban muy simpáticos con sus aventuras y todo eso. Los piratas, al ver que la gente los llenaba de grandes muestras de cariño, se sentían muy halagados pues todos querían ser como ellos, recorrer el mundo en un galeón tan increíble como El Buque Apestoso, estar semanas sin bañarse, conocer gente extraña e interesante, ver cosas increíbles y decir: “¡Aaarg!” todo el santo día.

Pero lo que los llenaba de más júbilo eran los obsequios que les daban. Algunas personas, después de escuchar una de tantas aventuras de la misma boca de estos grandes aventureros, les daban flores con formas de animales marinos, o les hacían bellos retratos de sus no tan bellos rostros; otros les llevaban tortas de pepino y los más pequeños les regalaban piedrecitas de colores...

¡Eran muy felices en ese lugar!





Pero, como pasa con todas las modas, un día la gente se aburrió de creerse pirata y volvió a su vida normal. Los doctores se vistieron otra vez de doctor, los maestros de maestro, las abuelitas de abuelita y los niños... de niños.

En un instante y sin poderse prever, todo el pueblo olvidó por completo a quienes, en un momento, consideraron casi héroes nacionales. Si los veían, hacían como que no los conocían, silbaban esa tonadita que todo el mundo hace cuando quiere ignorar a alguien, cerraban los ojos o huían velozmente del lugar con muy poco disimulo.

Los tres hermanos piratas, cuando se dieron cuenta de que ya nadie los quería, se pusieron muy tristes. Chillaban y chillaban a moco tendido su desventura. Ya no tenían admiradores a quienes contar sus historias, o quién les hiciera sus retratos, ni quién les regalara las piedrecitas de colores que tanto amaban, ni mucho menos quién les preparara esas exquisitas tortas de pepino, que eran sus favoritas.

Como los piratas ya no tenían de dónde comer decidieron buscar un trabajo normal. Quisieron ser campeones de natación, pero no sabían nadar; intentaron ser pintores, pero no sabían pintar y se comían las pinturas; hicieron su lucha como cantantes, pero lastimaban los oídos de la gente con sus chirriantes voces, y ni hablar de cuando quisieron ser cocineros estrella en un restaurante de lujo... ¡Todo salió chamuscado, hasta sus barbas!

Intentaron hacer de todo, pero no pudieron. De todas partes los corrían. No consiguieron ni un peso para comprar un pan. Así que, con todo el dolor de su corazón



pirata, no les quedó de otra más que vender su precioso y amado Buque Apestoso.

Fueron con el señor usurero, quien les dio diez mil pesos por él. En ese entonces eso era mucho, muchísimo dinero.

Mil pesos gastaron en ropa de gente normal: zapatos de charol, sacos formales y corbatas grises para conseguir un mejor empleo.

Usaron dos mil pesos para mandar a lustrar sus garfios y repintar sus patas de palo. Otros mil pesos, en parches de distintos colores para cubrir sus ojos y que al mismo tiempo combinara con el negro azabache de sus ostentosos sombreros pirata. Mil pesos en jabón industrial, unos buenos estropajos y agua para bañarse y quitarse la mugre de tantos años.

Los otros cinco mil pesos los gastaron en agua de jamaica fría, tortas de pepino calientitas y piedritas de colores para continuar su colección.

Su dicha que volvía les duró hasta que se acabó el dinero. Poco menos de tres días.

Al ver sus carteras vacías se dieron cuenta de que ya no tenían nada y que de El Buque Apestoso sólo les quedaba el recuerdo. Los tres hermanos piratas ya no sabían qué hacer. No tenían trabajo ni dinero ni comida; ni su amado barco para dormir, tan siquiera.

Estaban en quiebra.

De repente a uno de los piratas se le ocurrió una idea que los sacaría de semejante apuro.



–No nos queda de otra, más que robar –dijo con un tono tan siniestro que hasta él se asustó.

A pesar de que nunca habían robado nada, los tres aceptaron la propuesta.

–Grandes piratas de la historia lo han hecho, ¡Barba Negra, por ejemplo!

–¡Y Barba Azul!

–¡Y Barba Roja!

–¡Y Barba Verde!

–¡Y Barba Amarilla!

–¡Todos los Barba!

Los tres piratas aceptaron la idea con un poco de pena.

Esa misma noche de viernes comenzaron los hurtos. Trataron de ser silenciosos mientras realizaban sus fechorías para no despertar a los habitantes del pueblo, pero la maestra, el presidente municipal y el barrendero, los vieron salir y entrar de varias casas antes de la medianoche.

A la mañana siguiente, sábado a las siete, los testigos convocaron a todos los habitantes del pueblo a una reunión para hablar sobre los robos de los piratas.

–¡Es inaceptable! –dijo la abuelita del carnicero.

–¡No lo puedo creer! –dijo la tía del gobernador.

–¡Y nosotros que tanto los quisimos! –dijo el esposo de la maestra.

Todo el pueblo mostró su enojo al saber las fechorías de los hermanos piratas.

–¡Vamos, no es para tanto! –dijo el pintor de flores–. Yo los vi cuando entraron por mi ventana. Me despertó el sonido de sus pasos con sus patas de palo. ¡Hasta un rinoceronte en su tercer sueño podría despertarse con tanto escándalo...! Vi que se robaban periódicos viejos y hojas de papel usadas. Los detuve no para evitar que robaran, sino para darles también algunas recetas médicas viejas arrumbadas desde hace mucho tiempo. Ellos aceptaron cordialmente. Sólo se llevaron papel.

–En mi casa también robaron papel viejo –dijo la mamá de un taxista.

–En la mía igual –dijo la diputada.

–Yo les regalé unas cartas de amor antiguas –dijo la arquitecta dejando salir un suspiro.

Todo el pueblo estuvo a punto de pasar por alto los robos de papel viejo cometidos por los piratas, de no ser por un señor uniformado.

–¡Aun así! ¡Robo es robo! –dijo el policía.

El doctor apoyó repentinamente la noción del oficial, también la abuelita de la tía del herrero y la mamá de un niño. La hermana del gobernador y la maestra levantaron los puños en señal de molestia, la cual, poco a poco, los convirtió en una horda de gente enojada. Cuando se dieron cuenta, todo el pueblo, incluido el



pintor de flores, se dirigía con palos, lanzas, antorchas encendidas, gritos y puños en alto rumbo a la playa, donde seguramente encontrarían a los piratas.

Apenas iban a dar las ocho cuando encontraron a los tres hermanos trabajando sobre la arena. La curiosidad imperó en las almas de todo el pueblo en ese preciso instante, pues la inmensa cantidad de hojas viejas que habían robado de las casas fueron pegadas una a una con pegamento pirata formando una hoja de papel gigante, muy gigante, extendida por toda la playa, desde donde estaba el primer grano de arena hasta donde regresan al mar las olas.

Los piratas tomaban las esquinas de la inmensa hoja y las doblaban hacia el centro de la misma, luego tomaban otras esquinas y las llevaban con mucho esfuerzo hacia las orillas opuestas. Usaron unos cuantos clavos para asegurar unos dobleces y fijar algunas tablas.

A las diez, después de doblar la enorme hoja una y otra vez con mucho trabajo, mientras los habitantes solamente contemplaban la curiosa escena con las bocas abiertas, los piratas en quiebra levantaron en la playa una colosal construcción que con un poco más de esfuerzo arrastraron hacia el mar.

Atónitos y con expresiones de asombro, a los habitantes del pueblo no les quedó de otra más que alzar las manos al aire y moverlas de un lado a otro en señal de despedida. Algunos niños se metieron en la parte baja de las olas y otros aprovecharon sus antorchas y palos para emitir una fuerte porra, mientras los piratas se hacían a la mar sobre un enorme y perfectamente diseñado barco de papel.

A las once, la imagen del barquito y sus tripulantes se convertía en un simple punto en el horizonte. Quince minutos después desapareció de la visión del pueblo entero.

A mediodía la playa estaba vacía y la historia ya recorría las calles del pueblo vecino.



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Piratas en quiebra, escrito por Eduardo Ramírez Velásquez e ilustrado por María Orozco, se terminó de editar en el mes julio de 2023 en la Ciudad de México.